

ANTOLOGÍA DE LA SEDA Y EL HIERRO: EL VERSO VIVO DE ANTONIO PEREIRA

Rafael Alfaro

Poeta de Villafranca del Bierzo, Antonio Pereira está enraizado en la poesía leonesa, aunque sin descartar, por su fina ironía y humor, cierta cercanía a la lírica gallega y amor a temas portugueses. En 1972 nos ofreció una antología de su obra con el título tan sugerente de *Contar y seguir 1962- 1972* (Plaza y Janés, 1972). Ha publicado los siguientes libros de poesía: *El regreso* (Madrid, 1964); *Del monte y los caminos* (Barcelona, 1966); *Cancionero de Sagres* (Madrid, 1969); y *Dibujo y figura* (Barcelona, 1972). Ahora presenta esta *Antología de la seda y el hierro*, con poemas de sus obras anteriores más unos doce poemas inéditos. El mismo autor nos advierte que ha deseado presentarnos un libro de creación, incorporando los poemas no a una simple antología de trámite, sino a una obra viva.

Y como una obra viva se lee esta Antología que, a pesar de ofrecernos un escaparate con lo mejor y más selecto de diferentes libros y épocas, adivinamos un hilo conductor que confiere unidad y consistencia independientes a todo el poemario. Y no es otra cosa que la voz del poeta, que teje sin fisuras unos poemas acordes y bien barajados. Hasta los mismos romances hacen de contrapunto y sirven de descanso en la lectura.

Dentro de una temática profundamente humana, son muchos los matices y sugerencias que encontramos en esta poesía. Hay una interpretación emocionada de la historia en los dos primeros poemas que hablan de Rusia y Portugal; hay un amor expreso a las cosas humildes y cotidianas como vemos en los poemas "El pequeño tren" y "Los hombres de mi casa"; descubrimos una honda ternura en "Ese niño que mira y que me mira" y "Del monte y los recuerdos"; está viva la naturaleza de la que brota el canto reflexivo de "Meditaciones y preguntas"; nos sorprende la nostalgia del tiempo pasado en casi todos los poemas y la profundización en la temática del amor y de la muerte, propias del contenido humano de toda la obra. Es la seda fina, suave a la vez que fuerte, en unos poemas de gran hondura lírica.

Pero también encontramos el hierro de una, digamos también fina, ironía pues se resuelve casi siempre en humor. Es una de las notas más sorprendentemente bellas de este libro y de la poesía de Antonio Pereira, que lo aproximan "a los líricos y a los prósperos fabuladores de la vecina Galicia". Así leemos ese estupendo poema "Hijo,

mira de ser creyente", cuyo final es un hallazgo inolvidable.

En otros poemas, la ironía adquiere cierto tono de amargura o se diluye, más bien, en melancolía.

En los poemas inéditos se nota, quiérase o no, una mayor libertad de forma y dominio de la palabra. Quizá no se advirtiera si el autor no nos lo hubiera señalado antes; pero, una vez advertidos, descubrimos la sabiduría de un poeta con muchos surcos de versos en una poesía bien labrada. Porque muchos de estos poemas son de una perfección cerrada, en los que no falta ni sobra una palabra, como en "Elección de la amada", "Pareja de niñas cómplices" o "Recuerdo para olvidar una historia"; o ese espléndido poema "Desnudo sobre raso", con tantos ingredientes descriptivos y finos toques irónicos, escrito en versos amplios sin perder el ritmo meditativo que hay en todo el libro. En éste, como en otros poemas inéditos, el verso se derrama y se estira hasta convertirse en versículo, cosa poco habitual hasta ahora en la poesía de A. Pereira, que se ha mostrado de gran contención, apretada en bien medidos endecasílabos.

Creciente es la insinuación maliciosa del poema "Cautelas en la mirada". Tras una anáfora con la que se inician los versículos paralelos al estilo de la poesía hebrea, nos ofrece una serie de ejemplos paradójicos, o hiperbólicos, muy sutiles.

"Lo primero que se enseña a los camareros
es no mirar a los clientes que piden agua
y si se les mira no verlos...

Lo primero que se les enseña a los seminaristas
es no mirar a sus hermanas ni con ojos de hermano...

Lo primero que se enseña a los ciegos
es no mirar por los dedos lo que aún se alcanza
por la llaga del ojo... "

La lectura de esta Antología nos deja un poso de suave nostalgia, no obstante el hierro o, mejor, además del hierro. Al final, nos queda ese amor nostálgico a una vida que pasa inexorablemente, que siempre nos hace creer que falta el último tren. Y nos aferramos al recuerdo que está en el fondo del vaso, y esperamos y soñamos.

Todo se nos ha dicho en un verso limpio, de transparente belleza, en la que el símbolo, también el de la vida real en su sentido bisémico, juega un papel más importante que la metáfora. Un libro que no puede quedar en el olvido.